



La venganza de

*Ramsay*

Mia Sheridan

Brogan Ramsay ha vuelto a la vida de Lydia De Havilland, y ya no es aquel muchacho sensible y tranquilo que ella recuerda; se ha convertido en un hombre poderoso..., un hombre que busca venganza: Brogan no olvida que Lydia es la chica que lo engañó de la forma más cruel, dejando su corazón destrozado y a su familia en la calle..., pero tampoco olvida que es la única mujer capaz de quitarle el aliento, la única que sigue firmemente afincada en su alma. La única a la que puede amar.

Lydia De Havilland ya no es la princesita que por un capricho adolescente sedujo a Brogan Ramsay cuando este era uno de los peones del rancho de los De Havilland..., aunque ella nunca olvidó el escalofrío que experimentaba cuando él estaba cerca. Ahora Lydia tiene que enfrentarse al reencuentro con Ramsay y no se imagina qué podrá sentir en su presencia.

*La venganza de Ramsay* es una historia de traición e ira que nos habla de lo delgado que es el velo que separa el odio del amor, de la fuerza que puede llegar a tener el arrepentimiento y de lo poderoso que es el perdón. Porque cuando intentamos infligir dolor a los demás, invariablemente, es nuestro corazón el que sale más herido.

## Índice de contenido

Cubierta

La venganza de Ramsay

Dedicatoria

Aries

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

*Este libro está dedicado a Angie, Addie, Lucie, y Callie. Me alegro de llamaros hermanas, pero me hace más feliz todavía consideraros mis amigas.*

## Aries

El mito de Aries habla de dos hermanos, un chico y una chica, que iban a ser sacrificados a los dioses. En el último minuto, fueron protegidos por un poderoso carnero alado. Debido a la fuerza y el heroísmo que mostró el animal, Zeus lo colocó entre las estrellas. Es así como el vellocino de oro, tan buscado por muchos, se convirtió en el símbolo de lo que es máspreciado.

## Prólogo

### *Brogan*

«Ella me está esperando».

Moví los pies con rápida suavidad sobre la hierba que había cortado esa misma tarde. Lo había hecho con la segadora, por lo que el resultado era una amplia extensión de césped a rayas, alternando las más claras con otras más oscuras. A veces, el patrón que seguía era un tablero de ajedrez, y otras elegía diamantes. Mi padre siempre sacudía la cabeza con incredulidad cuando le decía que creaba los patrones sin dibujarlos antes en papel, sin usar cuerdas ni siquiera para hacer la primera línea de diseño. «Cuando está lo suficientemente sobrio para darse cuenta, claro está». Sin embargo, así era. Lo veía en mi cabeza y calculaba dónde era necesario girar para conseguir la forma. Sabía por instinto dónde tenía que moverme para que la línea fuera recta. Aunque no era capaz de explicar por qué ni cómo lo hacía.

El fuerte olor a hierba cortada se mezclaba con el aroma de los tilos que bordeaban el jardín y la dulce embriaguez de la madreselva, que crecía muy cerca. Intenté dejar la mente en blanco, tratando de ignorar la miríada de olores. Se me puso la piel de gallina y caminé con más rapidez. Los olores no me resultaban desagradables, pero no podía pensar con claridad cuando me encontraba cerca de un perfume demasiado intenso, y ahora quería pensar. Quería pensar en ella.

—Lydia —susurré, adorando la forma en la que su nombre vibraba en mi lengua, la forma en la que la D suavizaba

la A final, rematando la sílaba con un suspiro. Quería recordar las delicadas líneas de su cara; quería ver su pelo en mi mente, una cascada dorada como el sol veraniego cayendo por su espalda, y sus ojos, que no eran azules ni verdes, sino una mezcla perfecta de ambos colores. Jamás había logrado averiguar cuál era el tono real. También quería recrearme en las tiernas curvas de su cuerpo, en la plenitud de sus pechos ceñidos por las camisetas sin mangas, que desbordaban la parte superior del bikini, en la forma en la que su cintura se estrechaba para volver a curvarse hacia las femeninas caderas y las nalgas. Sentí que me hinchaba dentro de los vaqueros y fruncí el ceño. Con solo recrear su imagen, ya me excitaba. Pero, aun así, seguí pensando en ella, deslizando los ojos más abajo, por las torneadas piernas de Lydia hasta aquellos pies perfectamente formados. ¡Incluso los dedos de sus pies eran perfectos!

Quería tomarme unos minutos para recordarla antes de verla en persona, así no sería tan obvio cómo me afectaba su belleza. Imaginarla previamente siempre me ayudaba a suavizar ligeramente el impacto de contemplarla en la realidad. Sin embargo, ella sabía cómo me afectaba. Lo notaba por la forma en la que movía los hombros cuando yo estaba cerca, como si supiera muy bien que la estaba observando y le gustara. Lo percibía en la inclinación involuntaria de su cabeza y la forma en la que me miraba para asegurarse de que mis ojos no dejaban de seguirla, en la manera en la que imprimía cierto movimiento a sus caderas solo para mí.

Lydia era una princesita, la hija de Edward De Havilland y su primera esposa, aunque ahora estaba casado con Ginny. Era multimillonario y propietario de una de las mayores empresas constructoras privadas del estado. Además, Lydia tenía un hermano mayor muy protector. Era mimada, pretenciosa y muy indulgente consigo misma, una coqueta incorregible, como yo bien sabía. Sin embargo, no podía soportar estar alejado de ella.

—Maldito idiota... —murmuré para mis adentros.

Yo era el hijo del jardinero de la familia. El hombre que nos había llevado a mi hermana y a mí desde una pequeña región de Irlanda hasta Estados Unidos en pos de una supuesta vida mejor después de la muerte de nuestra madre. El que nos había prometido que aquí todo iría mucho mejor, pero que se dedicaba a empinar el codo tanto o más de lo que lo hacía en casa. Mi padre, Sean Ramsay, era un maldito artista de mierda y un inútil. Pero yo trabajaba por él, para que no lo despidieran, porque necesitábamos su salario con desesperación, necesitábamos el seguro de salud que venía con ese empleo. Porque mi hermana pequeña, Eileen, estaba enferma y necesitaba realizar interminables visitas a los especialistas, médicos que tenían unas consultas muy caras.

Él me había prometido que dejaría de beber, y esperaba que fuera cierto. Aunque algunos días eran mejores que otros, hoy no era uno de ellos.

A pesar de que tenía diecisiete años, muchas veces me sentía como si tuviera setenta.

Cuando mi padre lograba controlar su problema con la bebida, hacía que el señor De Havilland me contratara para trabajar a tiempo parcial después de la escuela como ayudante. Así que ahora, si me veía alguien, creería que era eso lo que estaba haciendo. O por lo menos eso esperaba. Lo que ellos no sabían era que a menudo trabajaba hasta altas horas de la noche en los jardines De Havilland para asegurarme de que nadie se daba cuenta de que mi padre había abandonado la mayor parte de sus funciones.

El padre de Lydia también se había dado cuenta de los patrones que dibujaba al cortar la hierba, y cuando me preguntó por mis notas en matemáticas y le dije que asistía a cursos avanzados desde noveno grado, se quedó impresionado. Me había ofrecido un trabajo en su empresa durante el verano. Me había hecho sentir muy orgulloso y emocionado, y acepté sin dudar. Eso podía significar que al fin podríamos permitirnos pagar algunos de los tratamientos mé-

dicos que nos recomendaban para Eileen. Y tal vez, solo tal vez, algún día ganaría lo suficiente para poder invitar a Lydia a salir conmigo.

Sí, Lydia era una princesita, pero cuando me sonreía, mi corazón me daba un salto mortal en el pecho. Cuando se reía, su risa era como la música más dulce, y no había nada más agradable para mis oídos. No soltaba llamativas carcajadas como algunas personas, que solo hacían que quisiera taparme los oídos con los dedos. Ella era suave, preciosa y femenina, y me hacía desearla de una forma que odiaba y adoraba a la vez. A pesar de ser una princesita, nunca me miraba como lo hacían algunas de sus amigas cuando venían a nadar o a las fiestas que ella daba en su casa, con una mezcla de desdén y lujuria, como si les avergonzara sentirse interesadas por mí. No, Lydia solo era coqueta, pero tenía otras cualidades por las que me sentía atraído, no solo su asombrosa belleza, sino una profundidad que no poseían otras chicas de su edad.

Me encantaba cuando me buscaba en los jardines y charlaba conmigo mientras yo trabajaba. Vivía para esos momentos. Me encantaba cómo se burlaba de mí, sin hacer que me sintiera inferior y sin parecer condescendiente. Y nadie me hacía reír como Lydia, con aquel ingenio que me sorprendía siempre.

La vi debajo de un sicomoro, junto a los establos, antes de que se diera la vuelta. Pero por la forma en la que enderezó los hombros, supe que había sentido mi presencia. Se tomó su tiempo para darse la vuelta, pasándose el pelo por encima del hombro e inclinando la cabeza hacia un lado mientras me brindaba una sonrisa deslumbrante.

—*Mo chroí* —le dije al tiempo que me acercaba lentamente.

—Ya te he dicho que no me llames así, Brogan. No soy una princesita —protestó, moviendo la cabeza para recorrer mi cuerpo con los ojos. Cerré los puños para permanecer inmóvil, para mantener la sangre fría y no ponerme duro

bajo aquel lento escrutinio, para no darle una prueba palpable de su poder sobre mí—. Gracias por venir. —Se humedeció los labios con una mirada nerviosa que no le había visto antes.

«¿Qué pretende?».

Entrecerré los ojos un poco al tiempo que metía las manos en los bolsillos y apoyaba el hombro contra el tronco de un árbol. El sol había comenzado a descender, por lo que el cielo aparecía pintado con brillantes tonos rosados detrás de Lydia.

—Es que... —Se volvió a humedecer los labios mientras cruzaba los brazos, haciendo que sus pechos parecieran más rebosantes—. Bien, lo cierto es que... Brogan, nunca me han... nunca me han besado.

La sorpresa me dejó mudo por un momento y se me secó la boca. No estaba seguro de a dónde quería llegar, pero por lo pronto comenzaron a sonar sirenas de alarma en mi cabeza. Meforcé a mantener una expresión neutra, tomándome mi tiempo para responder.

—Me resulta difícil creerlo. Todos los chicos en quince kilómetros a la redonda están interesados en ti.

Lydia iba un curso por detrás de mí, y aunque no asistíamos a la misma escuela, había oído hablar de ella a un montón de compañeros que solo la conocían de vista. Greenwich, Connecticut, era una ciudad muy pequeña.

—Podrías hacer un *casting* —bromeé con cautela—. Estoy seguro de que se formaría una cola que rodearía el edificio.

«Y yo formaría parte de ella, porque no sería capaz de evitarlo».

—Me imagino que Myles Landry sería el primero. —Myles era un vecino que se pasaba la vida detrás de Lydia. La había visto coquetear con él y me había molestado más de lo que quería. Pero eso era lo que hacía Lydia. Coqueteaba, jugaba con los chicos. Y durante todo el tiempo, mi es-

túpido corazón la anhelaba, deseaba ser suficiente para ella.

—Muy gracioso —repuso ella—. La cuestión, Brogan, es que quiero que seas tú el primero en besarme. —Dio un paso hacia mí y yo di uno hacia atrás.

—¿Por qué? —exigí. ¿Por qué me hacía esto? ¿Por qué me hacía crearme esperanzas con algo que nunca podría ser? ¿Es que no sabía que estaba volviéndome loco?

—¿Por qué? —repitió ella, inclinando la cabeza con una expresión perpleja. Vi intermitentemente sus iris azul verdosos cuando parpadeó, como si le extrañara que le pidiera una razón.

—Sí, ¿por qué quieres que te bese yo? Soy el hijo del jardinero, no es que pertenezca a tu círculo social. No es como si pudiéramos ser novios o algo así. —No tenía dinero suficiente para salir con Lydia en este momento. A ella le gustaría ir al cine, a cenar, esperarías flores y regalos, y Dios sabía qué más. En casa apenas podíamos permitirnos el lujo de comer todos los días, y yo tenía más apetito que nunca, jamás parecía estar satisfecho. Llevaba los zapatos demasiado pequeños porque me habían crecido mucho los pies en el último año y el presupuesto no era capaz de seguir su ritmo.

Se rio con suavidad y movió la cabeza.

—Siempre dices cosas así, Brogan. Y a mí no me importa nada de eso.

Recorrí su cara con los ojos, tratando de detectar un atisbo de engaño en su expresión, sin encontrarlo. Aunque, claro, ella no sabía de lo que hablaba. No era consciente de la magnitud de nuestras dificultades económicas.

«Oh, Lydia, te importaría. Si conocieras mi situación real, claro que te importaría».

—De todas formas, no has respondido a la pregunta.

Lydia me miró a través de las pestañas, acelerando mi corazón.

—Quiero que me beses porque eres uno de los chicos más guapos de Greenwich, y ni siquiera lo sabes. Porque me gusta cómo me miras, cómo me observas. Pero todavía más porque me gusta mirarte. —Se acercó más a mí y contuve la respiración—. Me gusta cómo se vuelve más ronca tu voz cuando me hablas. Me gusta lo serio que eres, tan diferente a los demás chicos. Me gusta la expresión que pones cuando hundes las manos en la tierra, como si... como si lo sintieras con todo el cuerpo. Quiero saber si en tu cara aparece la misma expresión cuando me toques a mí. Quiero saber en qué piensas siempre con tanta intensidad. Y quiero que me beses porque quiero saber lo que se siente cuando tenga tus labios contra los míos. —La última palabra fue un jadeo, y el corazón comenzó a retumbarme con fuerza en el pecho. ¿Había pensado todo eso sobre mí? Ni siquiera se me había ocurrido que supiera de mi existencia cuando no estaba delante de ella.

Se acercó más y me inundó su fragancia, tan femenina y delicada como ella, cálida y limpia, con apenas un leve toque a... ¿vainilla, tal vez? Quería pegar la nariz a su piel desnuda y cerrar los ojos para inhalar su aroma. Quería ver si podía detectar cada sutil matiz. Entonces, alzó la cabeza hacia mí, mirándome y preguntándome sin palabras si le iba a dar un beso.

—Sí, Lydia, te besaré, pero no haré nada más —dije. Ella tenía razón: mi voz era más ronca cuando hablaba con ella, más ronca y temblorosa. No podía evitarlo. De hecho, parecía que no tenía ningún control sobre mí mismo, sobre mi cuerpo, mi voz o mis pensamientos cuando ella estaba a mi alrededor. Lydia debía saber lo desesperadamente que quería besarla, cómo había soñado con ello desde el primer día que la vi.

Sonrió y me tendió la mano.

—Pero no aquí. Vamos a un lugar donde podamos estar solos.

«¡Oh, Jaysus!».

Saqué las manos de los bolsillos y la cogí de la mano para seguirla. Su piel era suave, cálida, y antes de ser consciente de lo que estaba haciendo, comencé a trazar pequeños círculos sobre su cuerpo, tratando de memorizar su textura. Me obligué a detener mi pulgar.

Me condujo hasta la puerta trasera de los establos y la cerró una vez que estuvimos dentro. El olor a heno y a caballos me abrumó, nublándome la mente por un momento. Pero cuando Lydia me llevó a una habitación, donde estaba la litera que utilizaban los mozos cuando era necesario por alguna causa, como el parto de una yegua, y cerró la puerta, los olores perdieron su penetrante intensidad y fui capaz de concentrarme de nuevo.

Sentí cierta aprensión ante el hecho de estar totalmente a solas con Lydia en un espacio tan privado, así que solté su mano, haciendo que se detuviera. Ella se dio la vuelta para volver a mirarme.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada. Se está bien aquí... —comenté. Me había llevado hasta la litera, y supe que era una mala idea. La besaría una vez y luego me marcharía. Una pequeña alarma seguía resonando en mi interior, pero la ignoré; sabía que no era capaz de resistirme a ella. Al final, haría lo que Lydia quisiera, y daría igual si era una buena idea o no. Lo sabía y, ¡maldita fuera!, ella también lo sabía.

Lydia dio un paso más, acercándose a mí hasta que nuestros cuerpos casi se tocaron. Entonces, se puso de puntillas y apretó los labios contra los míos. Sentí la suave presión de su boca y fue como si todas mis terminaciones nerviosas se hubieran concentrado allí, donde estábamos en contacto. Un ardiente deseo me recorrió las venas, haciéndome jadear como si me asfixiara. Abrió los ojos y en ellos brilló una expresión tierna y llena de comprensión. Se movió lenta y sensualmente mientras llevaba una mano a mi nuca para enredar los dedos en mi pelo, rascándome con suavidad el cuero cabelludo y haciendo que se me eri-

zara la piel. Me puso la otra mano en la cintura, donde la noté como un cálido peso. Coloqué mis propias manos temblorosas en sus caderas, preparándome, y cerré los ojos para concentrarme en el suave y ligero roce de sus labios.

Titubeante, moví la lengua para descubrir su sabor, tenso por el nerviosismo que me atenazaba por completo. Mis sentidos estaban sobrecargados de una forma que no había experimentado antes y que no sabía manejar. Me envolvía una extraña mezcla de placer y dolor, y la sostuve con firmeza en un apretado abrazo, en una exquisita tortura. No sabía en qué sensaciones concentrarme, aunque Lydia parecía sí saberlo. Dejó caer las manos de mi pelo y mi cintura, por lo que solo nos tocábamos con la boca. Suspiré contra sus labios, aprendiendo su sabor, una sutil dulzura mezclada con un toque a leche y miel. «Dios, es bueno... Mejor que bueno». Completamente fascinado, hundí la lengua en su boca en busca de más, y ella emitió un pequeño gemido, lo que hizo que mi dureza alcanzara cotas dolorosas. Su lengua y la mía se encontraron, húmedas y calientes, y muy muy suaves, adictivas... Y sin embargo, mis sentidos cantaban. Nuestras lenguas jugaron y se empujaron al tiempo que arqueaba la ingle hacia ella, buscando un poco de alivio, y la búsqueda solo me devolvía una sensación que resultaba a la vez exasperantemente placentera y estimuladamente dolorosa.

Tuve que usar toda mi fuerza de voluntad para apartarme, y nuestros labios se separaron con un húmedo estallido. Me miró con una expresión de confusión y necesidad a la vez. Eso me cogió por sorpresa. Siempre la había visto muy segura de sí misma.

—¿También ha sido tu primer beso, Brogan? —preguntó con incertidumbre.

Aparté la vista, tratando de controlar mi respiración con desesperación.

—¿Sería malo que fuera así? —pregunté al tiempo que esbozaba una sonrisa con una seguridad que no sentía.